

LA MISANTROPIA

DESVANECIDA.

DRAMA EN UN ACTO,

ESCRITO EN ALEMAN

POR AUGUSTO KOTZEBÜE,

EN CONTINUACION AL DRAMA INTITULADO

LA MISANTROPIA

Y EL ARREPENTIMIENTO

DEL MISMO AUTOR.

PERSONAS.

<i>El Baron de Menó, baxo el nombre de Mayfeld.</i>	<i>El Baron de Horst, Mayor, al servicio de Francia.</i>
<i>Eulalia, su esposa.</i>	<i>Franz, criado viejo.</i>
<i>Félix y sus hijos, de edad de 6 á</i>	<i>Roseta, criada.</i>
<i>Amelia, } 7 años.</i>	<i>Conrado, criado cazador.</i>

La escena pasa en Suiza, en una isleta del lago de Constanza, llamada Menó.

ESCENA PRIMERA.

Una sala de la casa de Menó, con una puerta en el medio y dos á los lados, una en frente de otra, y una ventana. Debe haber en ella un sofá á un lado, y una mesa delante de él, de modo que no estorben á los actores, y algunas sillas.

Roseta, barriendo, y despues quitando el polvo.

Barrre, limpia, pobre desgraciada. ¡ Ah! por mas que hagas, no por

por eso estará mas limpia tu conciencia.

Se oyen las cinco de un reloj de sala.

¿Las cinco ya? La señora no tardará en levantarse. No importa. Yo ya acabé mi labor... ¿Que no fuera ya cerca de noche! yo habria por fin descargado mi corazón del peso que le oprime.— Sí; hoy, ó nunca.— Nada temas, Roseta; nada, nada. ¿La señora es tan buena! ¿el amo es tan bueno!... Pero ¿qué digo?... Por esta misma razon, ¿cómo haré yo para confesarles que no soy tan buena como ellos? Me parece fácil el descubrir una cosa mala á un malo, porque se le puede mirar á la cara sin vergüenza.... ¿Pero á un bueno?... ¡Ah! es terrible.

ESCENA II.

Roseta, Conrado que saca la cabeza por la puerta, que estará entreabierta.

Conr. ¿Roseta?

Ros. ¡Ah! ¿Conrado? ¿Has despertado ya?

Conr. ¿Ya? ¿Pues qué crees que he dormido? Se va acercando.

Estoy todo, yo no sé cómo.

Ros. Anda poquito á poco: habla quedito: los amos estan todavía durmiendo.

Conr. Yo lo creo: á ellos les es fácil dormir rodeados de satisfacciones. Tambien yo en tu compañía me parece que reposaria

feliz hasta el dia del juicio.

Roseta tristemente.

Verdad es, Conrado, que delante de Dios yo soy muger.

Conrado en el mismo tono.

Sí; seguramente lo eres.

Ros. Y aun quando la mano del ra no nos uniese, nosotros uniríamos despues de muerte porque mi intencion es de ha me enterrar junto á tí. Entó reposariamos apaciblemente al lado del otro, tú, yo, y n tro hijo.

Conr. Sí, Roseta: en el cementerio, baxo el tilo grande, donde hay un sauce que sube cima de la pared.

Los dos suspiran, y se hace pausa. Conrado con semblante de confianza.

¿Pero no crees tú, Roseta, seria mejor no apresurarse tan á baxar á la tumba? Todavía demos probar algunos placeres la tierra; que el reposo de muerte seguro le tenemos.

Ros. Tienes mucha razon.

Conrado con un aspecto cada mas sereno.

Imagínate ver al rededor de nosotros una media docena de cuquillos, cada uno con su zoquete en la mano, y tú dando papilla al mas pequeño.

Ros-

oseta que recobra repentinamente su alegría, y parece muy satisfecha.

Y yo esperándote con ellos á la tardecilla delante de nuestra cabaña, y los mayorcitos gritando con todas sus fuerzas: ya viene mi padre, ya viene mi padre.

Conr. ¡Quánto gusto tendré yo entonces en volver á casa con mi morral lleno de caza!

Ros. ¡Y yo en correr ácia tí con un buen vaso de vino!

Conr. ¡Y un pedazo de queso añejo!

Ros. ¡Y los muchachos, cómo se colgarán de tí!

Conr. ¡Curiosos de ver lo que traigo de caza!

Ros. Te ayudarán á descalzar.

Conr. Me traerán botines calientes.

Ros. Se echarán con nosotros en la yerba.

Conr. Y allí jugarán y retozarán.

Ros. Hasta que se ponga el sol.

Conr. Entonces nos entraremos en la cabaña.

Ros. Y rezaremos todos juntos las oraciones.

Conr. Y cantaremos un salmo.

Ros. Y despues nos iremos á acostar, con nuestros niños al redor.

Conr. Y dormiremos hasta el amanecer.

Los dos. ¡Ah! ah! ah! *Una pausa.*

Roseta con semblante triste.

Pero, Conrado, todavía no nos han echado la bendicion nupcial; y sin ésta no me volverás á engañar.

Conr. Ni yo lo pienso tampoco.

Ros. Bien: así me gusta.

Conr. Pero, Roseta, todavía no tenemos cabaña.

Ros. Ni leche.

Conr. Ni queso.

Ros. Ni vino.

Conr. Ni cama.

Ros. ? Y si descubrimos á nuestros amos las cosas que han pasado entre nosotros?

Conr. ¿Y nos echan á ámbos de casa?

Ros. ¡Ah, Conrado!

Conr. ¡Ah, Roseta!

Ambos sollozan, y sigue una pausa.

Roseta con un profundo suspiro.

El dia de hoy decidirá nuestra suerte.

Conr. Sí: hoy mismo.

Roseta, poniendo la mano de Conrado sobre su corazon.

Mira, mira cómo me palpita el corazon.

Conrado, haciendo lo mismo.

¿Pues y el mio? Golpea como el martillo de una fragua.

Ros. Preciso es que hayamos hecho una cosa muy mala, quando el corazon golpea así.

Conrado, rascándose tras una oreja.

Sin duda: no ha sido nada bueno.

Ros. Pero todo se puede reparar.

Conr. Sí, como nuestros amos nos perdonen nuestra flaqueza.

Ros. Yo no sé cómo hemos hecho tan grande disparate.

Conr. Ni yo tampoco.

Ros.

Ros. Mira, Conrado: hoy es el cumple-años del amo. En este día todos estan contentos y alegres hasta no mas; y yo he oido decir, que quando las gentes estan así, estan dispuestas á hacer bien á todo el mundo.

Conr. A perdonar y olvidar.

Ros. Pues yo quiero animarme, y contárselo todo al amo, suplicándole que interceda con el ama para que nos perdone.

Conr. Y lo hará, porque es seguramente un buen señor.

Ros. Y ella una muy buena señora.

Conr. ¡O! ciertamente Dios les conceda una larga vida.

Los dos levantan las manos al cielo implorándole.

Ros. El domingo próximo rogaremos devotamente por ellos.

Conr. Todos los domingos.

Ros. ¿Sabes lo que digo, Conrado? Si veo que el amo está algo serio, me dirigire al forastero que ha venido ayer.

Conr. ¿Al forastero? ¿Qué quieres hacer con él?

Ros. ¿Pues qué; no sabes que es un amigo antiguo de nuestro amo? Se llama *Horst*. Dicen que el amo le quiere muchísimo. El viejo Franz le fué á esperar hasta el otro lado del lago, y le ha introducido secretamente en la casa, para que nuestro amo no le vea hasta hoy, que es el día de su cumple-años. Quieren darle así una alegría inesperada. Pues á este forastero es á quien yo quiero dirigirme, porque creo

que el amo no le negará nada. ¿No crees tú lo mismo Conrado?

Conrado, rascándose la cabeza.
Atiende, Roseta — quando reflexiono las cosas — pienso en efecto — que el amo no me negará nada al forastero — el forastero te negará nada á tí — y tú no me negarás nada al forastero. — No mejor les que lo dexes como es.

Ros. ¡Ah! ah! ah! Tú eres tonto.

Conr. Sí; así es como yo pienso venir á serlo mas fácilmente.

Ros. Anda: retírate; me parece que oigo á la señora; y como estoy trascordada, creo que el amo te mandó ayer tarde preparases todas las cosas para mañana.

Conr. Sí: me lo mandó.

Ros. ¿Y por qué no pones manos á la obra?

Conr. ¿Qué pregunta tan necia! Dios.

Ros. A Dios.

Conrado volviendo.

Escucha, Roseta; si me amas, dexa en paz al forastero. Es podria no ser conveniente, y me le quizá gravoso.

Ros. ¿Te inquieta acaso?

Conr. Sí; me inquieta.

Ros. Pues bien: hablaré al amo mismo.

Conr. Mejor es. A Dios.

Ros. A Dios. ¿Y adónde vas?

Conr. A mi labor.

Roseta riendo.

¿Al dormitorio del amo?

Conr. Sí. Vase por la puerta del medio.

Roseta

Ros. Es muy buen muchacho este Conrado: yo le amo de todo corazón. ¡Qué locura amarse así! ¡Ah! con todo, el primero que lo hizo, bien supo lo que se hacía.

ESCENA III.

Eulalia vestida de fiesta, pero con mucha sencillez, y Roseta.

Eul. Buenos días, Roseta. Ve á buscar á mis hijos, y trae las flores que están en el cenadorcito del jardín. *Vase Roseta.*

Eulalia. Se asoma á la ventana.

¡Qué día tan hermoso y sereno! Ea Eulalia: recobra también tú la tranquilidad y alegría ordinarias: olvida, si puedes; olvídate hoy; hoy tan solo, de que el gozar de un día como este debería ser únicamente la recompensa de la inocencia y de la virtud.— ¡Ah! este aguijón clavado siempre en mi pecho, esta espina que continuamente me despedaza, al punto que quiero entregarme un instante al regocijo.... separaos, separaos de mí, pensamientos terribles!.... Que los cuidados de la mañana no dexen, á lo ménos sobre mi rostro, en el resto del día, la menor señal de mis remordimientos.. Hoy es el cumple-años de mi esposo... por todas partes la naturaleza rie al rededor de mí. Lo presente es tan agradable, que es preciso por algunos momentos hacer por olvidar lo pasado.— *Se acer-*

ca á una de las puertas colaterales, y llama á golpecitos en ella.

Horst sin abrir.

¿Quién está ahí?

Eul. Yo, mi querido Mayor. Ya son las cinco y media. Mi marido va á levantarse al instante. ¿Está usted vestido?

ESCENA IV.

Eulalia. Horst, que abre la puerta, y sale.

Horst. Buenos días, señora. He dormido poco: las graciosas escenas de que me hizo usted ayer una pintura tan halagüeña, me han rodado toda la noche por la cabeza.

Eul. Me prometo muchos placeres; y el mayor de todos será la sorpresa que probará mi marido al encontrarse en los brazos de su mayor amigo.

Horst. ¿Y cuál es el papel que debo hacer?

Eul. Es tan fácil que no puede ser mas. Usted permanecerá en su aposento, y escuchará un poco á la puerta, desde donde oirá el modo con que mis hijos saludan á su padre; y quando haya pasado este primer momento, saldrá usted, y vendrá á echarse á su cuello — comeremos á la sombra de los árboles: despues nos iremos á pasear por el lago: los aldeanos baylarán por la tarde sobre la yerba, y nosotros iluminaremos con pipotes. Ya lo sabe

usted todo. Oigo venir á mis hijos. Retírese usted al instante. *Hácele entrar inmediatamente en su aposento.*

Estoy muy contenta de que haya venido, y sin embargo su presencia me embaraza. Quando le veo, me parece que me encuentro de nuevo en Wintersee; y mis antiguas heridas, que el tiempo tenia ya casi cicatrizadas, vuelven otra vez á echar sangre. No, yo no habia nacido para ser criminal, porque me es imposible habituarme á la idea de que lo soy. Siempre este pensamiento despedazador está pesando sobre mi corazon; siempre se me está ofreciendo de nuevo á mi espíritu; y aun en medio del tumulto de los placeres, en que las pesadumbres se olvidan por lo comun horas enteras, se representa sin cesar como una araña saliendo del caliz de una flor que yo acabase de coger.

ESCENA V.

Eulalia. El viejo Franz entra con los dos Niños, á quienes conduce por la mano. Roseta trae un canastillo de flores y guirnaldas: las dexa, y se va.

Los dos Niños.

Buenos dias, mamá. *La abrazan.*

Eul. Buenos dias, hijos míos: buenos dias, Franz. ¿Has hecho ya todas las disposiciones necesarias para la fiesta de hoy?

Franz. Todo esta pronto. Hace ya

mas de quince dias que robo un tiempo á otro algunos momentos á fin de que nada falte. Si usted, señora, que el amo permite que me separe mucho de él, porque siempre estamos bajando juntos en el campo y el jardin. Así es, que me he visto precisado en mi vejez á aprender á mentir descaradamente para quando me ha preguntado: *bien, Franz: ¿en dónde has estado tanto tiempo?* Por lo demas los segadores y los pastores tienen sus órdenes, las cintas están distribuidas, las lecheras se pondrán sus mas brillantes atavíos y yo — yo mismo quiero tambien echar hoy una baylada.

Eul. Harás bien, mi querido Franz juntos baylaremos un buen rato. *Franz.* ¡Ah, mi querida ama! *Quiere besarla la mano, y ella le abraza.* ¡Qué vida tan angelical es la que tenemos en esta isletilla! No no: ¡jamás habria podido formar la idea de una felicidad semejante!... ¡Un dia como este! — ¡Ah! ¡Un solo dia, en un año todo de satisfaccion y regocijo! — *En secreto, y como haciendo una confianza.* Yo tambien pienso hacer un regalito á mi amo. Le he adquirido con mis ahorros; y me ha llegado poco ha de Suecia: es un quartillo de centeno de Vasá. El amo hace mucho tiempo que desea hacer pruebas con esta especie de grano.

Eul. Casi te tengo envidia. — Vamos, hijos míos: ¿habeis rogado hoy á Dios por vuestro padre?

Fel.

Fel. Sí señora.

Amel. Por nuestro padre y por nuestra mamá.

Eul. ¿Pero sabéis que hoy, como que es el día de su cumpleaños, es necesario dar gracias á Dios, con mas devoción que otros días, por haberos dado un padre tan bueno? Venid aquí, y le rogaremos todos juntos. *Ella se pone de rodillas, y á su lado los dos niños, que tendrán las manos puestas.*

Fel. Dámoste gracias, Señor, porque nos has dado un padre tan bueno.

Amel. Y te pedimos que le dexes vivir mucho tiempo todavía, mucho tiempo.

Franz, muy conmovido. ¡Oyelos, Dios todo poderoso! *Eulalia y los hijos se levantan.*

Eul. Vaya: vamos ahora despachando. Pongamos á la mayor brevedad en orden estas flores. Toma el canastillo; *Franz ayuda; los niños saltan y brincan al rededor de ellos. Coronan de flores la puerta del dormitorio de Menó; ponen una silla enmedio del teatro, y esparcen flores al rededor de ella.*

Eul. Es necesario ahora, *Franz*, que entres poco á poco en el dormitorio de tu amo, para que quando despierte nos lo avises. *Entra Franz.*

Eul. Tomad, hijos míos: tomad cada uno un ramillete: ya sabéis quando le habeis de presentar.

Fel. ¡Oh! lo sabemos muy bien.

Eul. ¿Creo que no habeis olvidado el cumplimiento que habeis de hacer?

Amel. No señora. ¿Quiere usted que le repitamos?

Fel. Mi querido papá, *Felix* está aquí...

Eul. Está bien; bien: silencio: me parece que oigo algun ruido.

Franz que asoma la cabeza por la puerta que entre-abre.

El sale.

Eulalia y los Niños á un tiempo. Ya sale; ya sale. Toma á cada uno de una mano, y se adelanta ácia la puerta de enmedio por donde sale *Menó.*

ESCENA VI.

Menó y los mismos de la anterior.

Eulalia y los Niños.

Buenos días, buenos días: rodeándole y abrazándole.

Menó sorprendido gustosamente.

¿Qué veo? ¿Qué significa esto? Repara en las flores, y en los vestidos de sus hijos.

Mi querida *Eulalia*, explícame-lo ya.

Eulalia llena de júbilo.

Esto es para celebrar el día de tu nacimiento.

Men. ¡El día de mi nacimiento! ¡Hijos de mi alma! Los abraza uno despues de otro: ellos le traen poco á poco á la silla. *Felix* se coloca á un lado, y *Amelia* al otro.

Men. ¿A qué se dirige todo esto?

Fel. Mi querido papá: *Felix* ha ve-

venido á abrazar á usted, y darle pruebas de lo mucho que le quiere.

Amel. Y Amelia, mi querido papá, trae la misma intencion.

Felix, presentando sus ramilletes.

Acepte usted estas flores de la mano de sus dos hijos; y que así como la naturaleza renace en la primavera, renazca tambien sin cesar la felicidad de usted.

Ambos con las manos puestas mirando al cielo.

Y tú, soberano Señor del universo, si has oído nuestras súplicas, haz que este hermoso día, este día que derrama el júbilo en el corazón de una tierna madre, y hace felices á sus hijos, se renueve todavía muchas veces.

Franz, limpiándose una lágrima.
Así sea.

Menó tiernamente conmovido, abraza en silencio á sus hijos, después se arroja fuera de la silla, y estrecha con calor á Eulalia sobre su pecho.

ESCENA VII.

Los dichos y Horst, que sale de su aposento, y abraza á Menó.

Men. ¡O cielo! ¡Horst! ¿Tú aquí?—
¡Querida Eulalia! ¿Qué torrente de satisfacciones me procuras? Se abrazan en silencio. Hace mucho tiempo, mi querido Horst, que me hacías esperar el placer de volverte á ver; pero yo no te esperaba tan pronto.

Horst. Ni este era tampoco mi de-

signio; pues he tenido que dondear precipitadamente algunos asuntos, para poder venir a en este momento. Yo no contaba con verte hasta después de meses todavía; pero tu hermosa muger — no me seas zeloso — mantenido conmigo una secreta correspondencia, y me ha dado una cita para este mismo día con la esperanza de que mi presencia te le haría aun mas agradable. Tu antiguo amigo ha vencido la vanidad de creerlo así, y he aquí.

Men. Perdonad, amigos míos, el júbilo me hace mudo. ¡Me habeis sorprendido de un modo delicioso! — ¡Me habeis enterado tanto! — ¡Ah! mi querido Franz; le aprieta la mano. la lágrima que acabas de derramar no se me ha ocultado tampoco. Andad, hijos míos, andad. Dadme solo un momento. Tú Horst, quédate. ¡Hace tanto tiempo que no nos hemos visto! ¿pero me perdonarás cuando confiese que rara vez me he acordado de tí en tu ausencia?

Horst En hora buena. Se puede muy bien pasar algunas veces sin un amigo; pero este no está nunca sobra.

Men. No; seguramente que no.

Eul. Hoy comeremos á cielo raso si te acomoda.

Men. No puedes darme mayor gusto.

Eul. Pues ven, Franz; vamos a poner la mesa baxo los tres árboles grandes.

Los Niños les siguen saltando.

No

Nosotros tambien iremos, mamá,
tambien nosotros queremos ayu-
dar. . . . *Vanse.*

ESCENA VIII.

Menó. Horst.

Men. Dexa que te vuelva á estre-
char sobre mi pecho. No me fal-
taba mas que tu presencia para
completar mi felicidad.

Horst. Querido Menó: ¿con que
vuelvo á encontrar á mi antiguo
amigo tal como era?

Men. He dexado en Alemania mi
nombre y mis pesadumbres. Sí,
Horst; tú ves en mí el mismo
hombre que conociste en Alsacia;
pero mucho mas feliz, á Dios
gracias. ¿Te acuerdas de haber-
me visto derramar lágrimas de
júbilo? Pues bien; mira: estas
no son las primeras que han cor-
rido de mis ojos en esta feliz so-
ledad.

*Horst le considera en silencio; pero
se observa en su semblante el jú-
bilo interior que siente.*

Men. Volvamos á tí, mi querido
Horst. ¿Qué te ha sucedido en los
dos años que hace que estamos se-
parados? Estás acabado, flaco. ¿Has
tenido algunas pesadumbres?

Horst. Eso no puede faltar en el
tiempo en que vivimos. La peste
reyna en el oriente: las opinio-
nes mas contradictorias pertur-
ban la quietud de los hombres en
nuestra europa. Pero tú vives
tranquilo en medio de la tormen-
ta: tu rostro anuncia la felicidad:
por fin, tú estás mejor que
nunca.

Men. Sí; soy feliz;— soy muy feliz.
Horst. ¿Con que yo te predixe la
verdad, diciéndote; “que se po-
”dia sin rezelo consagrar la vi-
”da á la soledad en compañía de
”Eulalia?”

Men. Sí, me dixiste sin duda la
verdad. En esta isleta soy un rey:
soy mas que un rey por lo que
respecta á mi muger; porque ella
lo hace todo por el amor que me
tiene, y nada por obligacion. —
¡Ah!;quán lleno de satisfacciones
está mi corazon en este momen-
to! — Sí; se desea hacer á otro
partícipe del contento todavía con
mas ansia que de las penas. Yo pu-
de en otro tiempo encerrar mis pe-
sares en mi pecho; pero no es lo
mismo con mis placeres, con el
exceso de mi felicidad. — Amigo
mio, ¿por dónde empezaré; por
dónde acabaré para darte una
idea de ella? — Una buena mu-
ger — ¡ó Dios! ¿que dón mayor
puedes hacer á un mortal, á quien
has concedido una en la tierra
muger buena?

Horst. ¡Delicioso entusiasmo!

Men. Quando desperté por la ma-
ñana despues de haber pasado
una noche tranquila, el pri-
mer pensamiento que se presenta
á mi espíritu, es el de un dia
feliz. Por lo comun Eulalia se ha
levantado ya, y se ha ocupado
durante mi sueño en las hacien-
das menudas de la casa. Así que se
abre la puerta de mi aposento, la
veo entrar vestida limpia y mo-
destamente, trayendo de la mano
á mis hijos, lavados y vestidos

por ella misma. En otro tiempo, luego que abría los ojos, tenía la costumbre de asomarme á la ventana á ver si el tiempo estaba sereno, y si el sol brillaba: hoy se me ha hecho inútil este cuidado, por que en la casa que habita una buena muger, siempre brilla el sol. Quando ella viene á mi encuentro, y me recibe con una dulce sonrisa, no advierto si el cielo está cubierto de nubes, ni oigo si la lluvia suena contra mis ventanas. Me siento sobre ese sofá á tomar el té; á mi lado Eulalia: aquí mi Felix; y allí mi Amelia. Comemos, bebemos, hablamos, y olvidamos así al universo entero. — ¡O, amigo mio! Es imposible que conozcas cuánto quiero yo ese sitio. — Ahí nos estamos sentados del modo que te he dicho, las largas tardes y noches de invierno; leemos; jugamos al axedrez ó á las damas, ó jugueteamos con nuestros hijos. — Ahí nos hemos hecho una continua relacion de nuestros pensamientos, de nuestras sensaciones; y siempre encuentro mi alma en la de Eulalia, con la diferencia de que aquí toma un colorido mas dulce y mas agradable.

Horst. Ciertamente, Menó, que no puede haber otro mas propio que tú para convertir á los enemigos del bello sexô.

Men. Despues del desayuno, me voy al campo, porque me he hecho un aldeano. Mi Franz y yo estamos muy ocupados en la economía rural. Hacemos venir de

Zurich quanto se escribe realmente á este objeto: lo leemos con un vivo interes: despues damos pruebas, que por lo comun tienen un éxito desgraciado pero como tambien hay algunas que salen bien, esto nos consuela. ¡Ah! si yo te contara las invenciones que hemos tenido entre nosotros para explicar el modo de poner en execucion el diseño de un arado de nueva invencion, de una criba, tendria para tí enteros. Quando por fin creemos haber descubierto el modo de hacer estas máquinas, trabajamos en ellas con nuestras propias manos, y seguimos la labor con mayor aplicacion. La verdad es que muchas veces no hemos estado con la huésped; pero quando se acaba la obra, y ésta sirve, no por eso nos disgustamos: volvemos de nuevo á empezar, y tenemos un nuevo placer. Algunas veces nos acompaña Eulalia con su calceta; y entonces ella se divierte y rie, alaba nuestra obra. — ¡O, Horst! ven á aumentar esta sociedad, si quieres conocer el precio de la vida.

Horst. Lo haré, amigo mio: lo haré. Este es mi mas ardiente deseo.

Men. A mediodia tenemos una buena comida campestre, preparada por las manos de Eulalia, y cada uno lleva á la mesa un rostro alegre y un buen apetito. Durante el primer cuarto de hora, habla poco ó nada, porque la coliflores y las criadillas de tier

que comemos, nos imponen silencio. Pero quando estan ya algo apaciguadas las ganas, quando parece sobre la mesa el queso de Suiza, y mi Amelita me echa un buen vaso de vino, entónces se desatan nuestras lenguas, y una dulce chanza que á nadie se fende, sazona los placeres de los postres. Otras veces hago preguntas á mis hijos para saber lo que han aprendido — de su madre se entiende, amigo mio, porque ellos no tienen otro maestro — y me encuentro por lo regular, que en historia natural, por exemplo, saben tanto como yo, al paso que en la historia de los pueblos me aventajan en mucho. Comunemente me sorprenden recitándome los mejores pasages de los poetas alemanes y franceses; y esto no te parezca que lo hacen tartamudeando, sino con la mayor expresion y claridad, porque las sensaciones delicadas de Eulalia han pasado ya á sus almas. Amelia toca muy bien el clave, y esto lo ha aprendido tambien de su madre; Ah! ellos lo toman todo de ella, y yo por ella gozo de todo. Eulalia me ha atado á la vida con cadenas mágicas: á esta vida, de que yo no perdía sino por medio de un débil hilo. En este momento no conozco mayor felicidad que vivir; de vivir como vivo. Tú eres testigo, Horst, de lo poco que en otro tiempo yo temia la muerte en medio de nuestros enemigos; pues bien, ahora tiemblo delante de ella.

11
Horst. ¡Hombre dichoso! Gracias á Dios, de que tu carácter sensible y arrebatado no te haya conducido al error.

Men. Sí: tiemblo al aspecto de la muerte. Hace como unos ocho meses, que á consecuencia de un resfriado, que me sobrevino de resultas de una cacería, se me levantó una fiebre violenta. Yo conocia que estaba muy malo. Dos años ántes, la muerte me hubiera parecido un término de mis penas; pero en este momento: — ¡O mi querido Horst! todo lo que te he contado hasta ahora no te pareceria mas que bagatelas, si te pintase los cuidados de Eulalia conmigo. Desconozca quanto quiera un hombre en el estado de salud y felicidad las virtudes de su muger, y su corazon sea duro y obstinado hasta el extremo; en el estado de enfermedad, la dulzura compasiva de su esposa, le obligará precisamente á hacerla justicia. No es bueno que el hombre esté solo: quando Eulalia estaba sentada junto á mi cama, de que no se separaba casi nunca: quando me daba medicinas, me calentaba servilletas, y me componia la almohada: quando procuraba dolorosamente descubrir en mis ojos apagados, si le quedaba alguna esperanza de arrancarme de los brazos de la muerte: quando un sollozo medio ahogado manifestaba sin querer sus temores, y con una sonrisa forzada procuraba inspirarme una esperanza que ella

ella no tenia : quando en un rincón de la sala se ponía de rodillas con sus hijos á implorar del cielo con una devoción angélica mi salud. — ¡O amigo! me era imposible entónces darle de viva voz pruebas de mi gratitud, porque el apretarla solo la mano me aniquilaba; pero me sería imposible expresarte lo mucho que esto me aliviaba interiormente: ni cómo mi alma iba así recobrando sus fuerzas, que comunicaba en seguida al cuerpo. *Se limpia con su misma mano una lágrima que se le cae de sus ojos, y mirándola*: Esto está escrito aquí—después señalando á su corazón, y aquí.

Horst. Yo sabia bien que las cosas se convertirían de este modo: y estaba bien seguro de ello quando, hace dos años, te aconsejé, á pesar de lo que habia sucedido...

Menó un poco impaciente.

¿Qué quieres recordarme? Eulalia dió una caída en su infancia, de que conserva una leve cicatriz en la frente. Mas no por esto es ménos hermosa: ¿no es verdad? La cicatriz ha desaparecido casi; ó por lo ménos yo no la veo: no tengo ojos sino para admirar sus gracias, ni otra idea que la de mi felicidad... Sin embargo, amigo mio, para que no ignores nada, has de saber que todavía falta una sola cosa, para que sea completa.

Horst. ¿Y cuál es esta cosa?

Men. Que Eulalia no es tan per-

fectamente feliz como yo: que de tiempo en tiempo tiene instantes de melancolía; y que bastante frecuente el advierte por lo encendido de sus ojos que ha derramado lágrimas. Esto me causa muchísima pena porque no ignoro la causa de pesar, sin atreverme á tomar parte en él; porque no me es permitido hacerle ninguna pregunta sobre el particular; y al último, porque no encuentro medio alguno de ahogar en el corazón el sentimiento penoso de su eterno arrepentimiento.

Horst. ¿Si el tiempo no produce este efecto...!

Men. ¿El tiempo! No, amigo mio el tiempo no tiene ningun imperio sobre las conciencias. Eulalia conoce mi superioridad ella: no cree tener los mismos derechos que yo á todos nuestros placeres. Cada vez que yo la abrazo parece que recibe su perdón. Por aquí puedes inferir quanto se atormenta esta pobre mujer,.... y quanto esto me atormenta á mí mismo. — Te aseguro que quando me sucede tener un corto dolor de cabeza, apenas me atrevo á estar un momento serio, porque temo que su conciencia temerosa no lea en mi rostro un quejoso recuerdo.

ESCENA IX.

Los mismos y Roseta.

Roseta, que hace un corto rato

ha ido acercando poco á poco,
y temblando.

Señor. —

Menó, algo enfadado.

¿Qué quieres? ¿Has estado escuchando?

Ros. ¡Ah! si yo hubiera escuchado siempre, me hallaria mas sosegada y contenta de lo que estoy.

Men. ¿Mas contenta?

Ros. La obediencia á los padres trae la bendicion del cielo á una casa.

Menó sonriendo.

¡Tonta! ¿con que no has escuchado?

Ros. ¡Ah! no señor: soy una pobre huérfana: mis padres murieron casi en una misma semana; el dia de san Bartolomé hará ya (cuenta por sus dedos) uno, dos, tres, quatro, cinco, seis años.

Men. Bien, hija mia. ¿Pero qué quieres?

Ros. Hoy es el cumple-años de usted.

Men. Ya; vienes á darme los dias, y á desearme toda felicidad: bien, yo te doy las gracias.

Ros. No señor; nada de eso: yo no queria desear á usted ninguna felicidad.

Menó sonriendo.

¿No? ¿pues qué? ¿infelicidad acaso?

Ros. Dios me libre: ni felicidad ni infelicidad. ¿No es usted ya feliz?

Men. Tienes razon, lo soy.

Ros. Usted tiene una esposa á quien ama, y de quien es igualmente amado; y nada tiene sobre esto que decir.

Men. Yo no entiendo adónde quieres ir á parar.

Roseta, con los ojos baxos, y jugando con la punta de su delantal.

Si Conrado tuviera tambien una muger á quien amára mucho, seria igualmente feliz.

Men. Hija mia, te explicas tan enigmáticamente, que temo que no estés bien despierta.

Ros. ¡O! sí señor: yo estaba ya ántes de las cinco de la mañana en la sala; y allí estuve hablando con él.

Men. ¿Con quién?

Ros. Con Conrado.

Men. ¡Ah! ya te entiendo; tú estás enamorada?

Ros. Si señor.

Men. Y quieres obtener mi aprobacion?

Ros. ¡Ay Dios! No señor.

Men. ¿No la quieres? ¿Pues qué es lo que deseas?

Ros. Que usted me perdone el haberme enamorado sin su permiso.

Men. Bien: yo te lo perdono Pero Conrado es todavía un muchachuelo, y tú apenas has salido de la infancia. — Es preciso esperar.

Ros. Conrado no es quizá tan jóven como usted piensa.

Men. ¿No?

Ros. No, ciertamente; y nosotros esperaríamos de buena gana, si esto no fuese demasiado largo.

Men. Solamente un par de años.

Ros. ¡O! esto seria demasiado.

Men. ¿Demasiado?

Ros. Me parece que sí — porque nosotros hemos hecho el disparate — por no esperar — quando debieramos haber esperado :::

Men.

Men. Ya, ya: te comprendo perfectamente.

Roseta vergonzosa.

Yo no sé cómo usted puede entenderlo.

Men. Estás ya casada, ¿eh?

Ros. ¡O Dios! No señor.

Men. No os falta mas que la bendición del Cura, ¿no es verdad?

Ros. Sí señor.

Men. ¿Con que es eso?

Ros. Sí señor.

Men. Vosotros habeis hecho alguna necesidad.

Ros. Sí señor.

Menó queda de repente en una profunda meditacion.

Ros. Por esto he creído — y Conrado ha creído tambien — porque soy una pobre huérfana — y porque hoy es el cumple-años de usted — que usted nos perdonaria mas bien que en otro qualquier dia — y que intercederá por mí con mi ama — para que no me eche de casa (*Llorando*) — porque entónces — entónces me veria precisada á morir de hambre — con mi pobre fruto. — *Viendo que Menó no la escucha, se vuelve inquieta ácia Horst.* Señor forastero: el viejo Franz dice que usted es el mayor amigo de mi amo, y que él le quiere á usted tanto. — Por Dios, señor, dígame usted una palabra en favor mio, y le querré á usted de todo mi corazon.

Horst. Con mucho gusto, hija mia. Espero, Menó, que perdonarás á la naturaleza la pequeña trave-

sura que ha hecho, tan de suyas.

Menó á Horst aparte.

¿No te dixe hace pocos dias, que Eulalia se contem- inferior á mí, y que esta es causa de su melancolía?

Horst. ¿Y á qué viene ahora acordar eso?

Men. Escucha, Roseta. Yo te donaré tu falta, yo te dotaré casaré con tu Conrado; pero de ser baxo una condicion.

Roseta quiere besarle la mano.
¡Ay, amo de mi alma!

Men. Poco á poco. — Te he dicho que baxo una condicion.

Ros. Qualquiera que sea, yo acepto, con tal que yo me case con mi Conrado.

Men. Pues es esta: irás al instante á buscar á mi muger, y la confesarás todo lo que me has confesado á mí; pero en lugar de decir que Conrado te ha engañado, has de decir que el seductor he sido yo.

Roseta admirada.

¿Cómo!

Horst. ¿Estás loco?

Men. Déxame hacer. Con que, Roseta, ¿me has entendido?

Ros. A fe de muchacha honrada, que no he entendido á usted.

Men. Dirás á mi muger, que soy el que te ha seducido.

Ros. ¡Dios mio! ¿qué quiere decir esto? Ya ve usted, señor, que yo no me puedo casar con usted.

Men. ¡Qué tonta eres! No se trata de eso. Tú te casarás con tu Con-

Conrado. Yo quiero solo que tú digas á mi muger que yo te he engañado.

Men. Pero esto será mentir.

Horst aparte.

Sí; ; pero con cuánta generosidad!

Men. Yo tomo la mentira sobre mí.

Men. Pues bien: yo lo haré: usted tendrá sin duda mas crédito con Dios, que una pobre huérfana como yo. Pero esto ¿no dará que sentir á mi ama?

Men. Esa es cuenta mia. Tú puedes escoger: ó mentir, y casarte con Conrado; ó decir la verdad, y ser echada de casa: con que decídetete.

Ros. Yo consiento en ello, aunque mas quisiera decir verdad que mentir. Pero una vez que usted dice que toma la mentira sobre sí, yo correré los riesgos de ella.

Men. Bien va. Da cuenta tambien á Conrado de esto, para que no te contradiga. — Ahora, pues, ¿qué te parece, Horst, de mi proyecto? Yo creo que debe restablecerse la igualdad entre nosotros, y volver el reposo á Eulalia.

Horst. ¡Hombre admirable! Tu designio es bueno; pero con él no conseguirás mas que poner en lugar del gusano que la roe, otro que haga lo mismo. No conoces á las mugeres, si crees que este último sea ménos cruel que el que la ha atormentado hasta ahora.

Men. Te engañas á tí mismo, ene-

migo de las mugeres. Yo conozco á Eulalia, y sé lo que me hago. Vámonos á dar un paseo para no exponernos á encontrarla, á fin de que la muchacha tenga tiempo de desempeñar su comision. *A Roseta.* Que cumplas bien con el encargo, y de aquí á diez dias se celebra tu boda. *Vase con Horst.*

ESCENA X.

Roseta sola.

¡Mi boda dentro de diez dias! ¡qué dicha! Por mí, mañana si quieren. — Pero el amo es bien extraordinario para el dia de su cumple-años. Es preciso que tenga mucho gusto en disputar con el ama, quando quiere que yo la ponga de mal humor con él. Seguramente, esto la ha de afligir mucho. — ¡y con todo, es tan buena! — Por otra parte, si no lo hago, será preciso que yo salga. No; Dios me libre. ¿Qué seria de mi boda? Suceda lo que quiera, él sabrá como lo ha de componer.

ESCENA XI.

Roseta. Conrado que entra temblando.

Roseta corriendo á él.

Conrado, ¿qué me has de dar, si te digo una buena noticia?

Conr. Di pronto, Roseta. Hace una hora que estoy en brasas. Yo queria continuar mi labor; pero me ha sido imposible.

Ros.

Ros. ¡Pobrecito!

Conr. Todavía tengo mi almuerzo en el bolsillo: ¿quieres tú? Yo no puedo pasar una miga de pan.

Ros. Mejor... así te gustarán mas los pasteles de la boda.

Conr. ¿Los pasteles de la boda?

Ros. ¿Abres tanto ojo? ¿Te se hace la boca una agua?

Conr. No por los pasteles.

Ros. Sino por la boda.

Conr. Sí: sin duda. Habla, Roseta, ¿lo dices seriamente?

Ros. Sí, sí, sí; muy seriamente. Ahora mismo se acaba de ir el amo, y le he hablado sobre el asunto.

Conr. ¿Cuándo se ha ido?

Ros. No, tonto: quando estaba aquí.

Conr. ¿Tú? No te chancees.

Ros. Mira: el amo estaba aquí; allí el forastero, y yo en este mismo sitio.

Conr. ¿El forastero estaba tambien presente?

Ros. Sí; y me ha llamado, hija mia.

Conr. ¿Hija mia? ¡Ay! ay! ay!

Ros. Tambien dixo otras muchas cosas que yo no entendí.

Conr. ¿Otras muchas cosas? ¡Ay! ay! ay! Sepamos algo de lo que eran esas otras cosas.

Ros. Por exemplo: hablo de que la naturaleza habia hecho una travesura.

Conr. ¿De la naturaleza? Se pone en jarras. Escucha, ¿y qué entiendes tú por eso?

Ros. Yo no sé nada.

Conr. Sí, sí; yo veo bien lo que

él ha querido decir. Pero haciendo un movimiento ameno con sus puños) Roseta, te digo es que no lo es de ningun modo.

Ros. ¿Y qué es lo que tú no res sufrir?

Conr. ¿Qué? qué la naturaleza travesuras.

Ros. No seas tonto, mi querido Conrado: la naturaleza hará ningun mal. Para las cosas sin rodeos; sabe amo nos ha perdonado, que ha ofrecido dote, y que de ocho dias se hará la boda pero con una condicion.

Conr. ¿Con una condicion? ¿es esa condicion?

Ros. Que yo he de ir con un to al ama. Hi! hi! hi!

Conr. ¿Un cuento?

Ros. Sí: atiende; debo decirte cosa, á que tú has de responder siempre que sí.

Conr. ¿Nada mas que sí?

Ros. Nada mas.

Conr. Pues dime ¿que cosa es á que es necesario que yo ponda siempre, sí?

Ros. Chito: chito. Oigo al amo subir por la escalera. Déxame hacer solamente. Tú p en aquel rincon, desde donde escucharás sin abrir la puerta hasta que te se pregunte, en este caso responderás siempre sí.

Conrado, poniéndose á un lado junto á la puerta.

¡Está graciosa la aventura!

ESCENA XII.

Los mismos y Eulalia.

Conrado hace una profunda reverencia á Eulalia quando entra, y da tres vueltas al sombrero que tiene en la mano durante la primera mitad de la escena.

Eul. ¿Qué hay de nuevo, Roseta? ¿Siempre tan activa, y ahora no te se encuentra en ninguna parte?

Roseta da un profundo suspiro.

Conrado hace lo mismo.

Eul. ¿Qué? ¿Suspiras, y tambien Conrado?

Conrado, inclinándose.

Sí señora.

Eul. ¿Y por qué?

Conr. Pregúntelo usted á Roseta.

Eulalia á Roseta.

Habla sin miedo. Ya sabes que no soy muy de temer.

Ros. ¡Ah, señora! Hace mucho tiempo que esto me oprime el corazón; pero quiero tanto á usted, que jamas me he atrevido á decirle una cosa que yo sabia que habia de afligir á usted, y ser causa de que no me quisiese mas en la vida. Ahora ¡Dios mio! me es imposible ocultarla por mas tiempo.

Eul. ¿Pues qué es?

Roseta llorando.

Yo... yo he sido engañada.

Eul. ¿Tú, hija mia? ¡Pobrecita! ¿Y quién es tu seductor? ¿Es aquel que está allí en el rincón?

Conrado, haciendo una reverencia profunda:

Sí señora.

Ros. No, no ha sido él: éste debe ser solo mi marido.

Eul. ¿Tu marido solamente? ¿Es verdad esto, Conrado?

Conrado, como ántes.

Sí señora.

Eul. ¿Puedes ya decirme, Roseta el nombre de tu seductor?

Ros. ¡Ah! Usted va á enfadarse.

Eul. ¿Por qué me he de enfadar mas de lo que estoy? ¿Ni á mí qué me puede importar el saber el nombre de tu amante? Esto solo lo hago por tí; y si deseo saberlo, es porque te se haga justicia.

Roseta, dudando.

Es... es mi amo. —

Eul. ¿Qué tiene tu amo que ver en esto?

Ros. El es... el mismo que me ha engañado.

Eulalia queda violentamente sorprendida. Despues de una pausa, durante la qual se ve en su rostro el combate de las diferentes pasiones de que es agitada, dice con una voz firme.

Mientes.

Ros. No señora, no: es mucha verdad: el amo mismo me lo ha dicho.

Una nueva pausa. La actriz debe pintar la situacion de su alma en una situacion igual.

Eul. ¿Es mucha verdad? ... Esto no puede ser cierto. — Pero esta muchacha es tan inocente: — no: ella no es capaz de una mentira tan atroz — ni aun de ninguna de qualquiera otra especie. — ¿Por qué tiemblo? — Yo he sido sorprendida.

prehendida en extremo — ¡Me es tan nueva esta situación! ¿Qué conducta debería observar una muger honrada? — ¿Y cuál debe ser la de Eulalia? — ¡Ah! ¡quánto diera por poderme recoger siquiera una hora en la soledad, á fin de imponer silencio á mi corazón, y entrar en acuerdo conmigo misma! — ¿Me conviene profundizar mas este misterio? ¿Será bueno que me informe de las circunstancias particulares de este negocio? No, no. Las cosas estan así; que queden como estan. — ¿Qué significan estas lágrimas? — ¿Por qué corren de mis ojos? — ¡Ah! ¿Sé yo misma lo que siento? — *A Roseta.* ¿Y dices que el amo te quiere casar con Conrado.

Ros. Sí señora; con Conrado, si usted lo permite.

Eul. Por mi parte, lo permito con mucho gusto. — Tú permanecerás conmigo. Yo haré educar á tu hijo, ó mas bien le educaré yo misma.

Conrado que, despues de esta falsa confianza, ha dado á conocer de diversos modos su disgusto, se adelanta en este momento, y dice.

No, Roseta, no; todo eso no vale nada ¿Quién diablos quieres que diga que sí á semejantes cosas?

Ros. Estate quieto, tonton. El amo lo toma todo á su cargo, tanto en esta vida como en la otra.

Conr. Se lo estimo mucho; pero yo soy hijo de padres muy honrados;

tambien yo tengo honra, y no sufriré eso jamas.

Eul. ¿Qué dices?

Conr. ¡Eh, Roseta!... No te guenzas de hacer llorar así á Eulalia, haciendo por sonreír. Tú sueñas. ¿Por qué he de... Hace tanto tiempo que yo... que acaba de suceder... tú mismo me lo habia dicho... no tiene nada de particular... he aparentado el ignorarlo... ver si Roseta me confesaba la verdad.

Conr. No señora: eso no es verdad aunque usted perdone; porque amo no ha podido decir una palabra semejante, y porque Roseta es mentido, con licencia de... sí; empújame; hazme señas de lo que quieras; una vez jamas es buena para nada; y esta es una de las mas horribles que he oido en mi vida... ¡Mentado! (*con desprecio*) ¡la entera! ¡Si creeria que contra opinion de las gentes honradas yo estaria pronto á casarme con ella, y (*de un tono de desprecio enfadado*) á servir de cobertero! ¡No! Conrado es pobre: pero la pobreza y el honor pueden cohabitar muy bien baxo un mismo techo.

Ros. Sí, Conrado; yo he mentado ya que tú lo tomas por desquema; sosiégate, y no te enfades.

Conr. ¡Qué diablos! Tú me has vuelto loco.

Eul. Hijos míos, explicaos con claridad: yo no os entiendo.

Conr. Pues bien: esto quiere decir...

que ella ha mentido. Yo, yo solo he hecho la tontería, y si el amo y el ama lo permiten, yo la repararé.

Eulalia á Roseta.

Con que has mentido?

Sí señora.

¿Y tienes vergüenza para calumniar de este modo á tu buen amo? ¡Eh! jamas lo hubiera creído de tí.

El mismo amo me lo ha mandado.

¿El mismo te lo ha mandado?

Sí señora; y solo con la condicion de hacerlo, me prometió casarme dentro de ocho dias con Conrado.

Eulalia, despues de una pausa, como volviendo de un sueño.

¡Ah! ya te comprehendo, hombre generoso (*Derrama lágrimas en abundancia*) Sí, te comprehendo, y sé la razon de tus operaciones. — Idos, hijos míos, idos de aquí: dexadme sola.

Pero ahora el amo se va á enfadar conmigo.

No te dé cuidado: yo lo compondré todo. Id en paz: el Domingo será la boda.

Los dos besándola la mano.

¿El Domingo?

¡Qué ama tan buena que tenemos!

¡Qué dicha, Roseta! *Vanse, llevándose por el brazo.*

ESCENA XIII.

Eulalia sola.

No sé dónde estoy: mi alma está tan perturbada, que mis pensamientos y mis sensaciones se confunden á un mismo tiempo.

¡Qué conducta tan noble! ¡Suponerse una falta, para hacerme creer que su conciencia no es del todo pura, porque sabe cuán fácilmente se sufre un peso quando otro ayuda á llevar la carga! ¡O sí: esto es grande, generoso; pero, Eulalia, convengamos en que te alegras mucho de que no sea mas que una mentira.

ESCENA XIV.

Menó, Horst, Eulalia.

Eulalia, tirándose al cuello de Menó, y abrazándole con viva ternura.

¡Mi querido Menó! ¡Mi bueno y generoso Menó!

Men. estrechándole entre sus brazos.

¿Qué tienes, Eulalia? ¿qué significan estas demostraciones extraordinarias?

Eul. Estas lágrimas te expliquen mi reconocimiento.

Men. ¿Reconocimiento? ¿Pues qué acaso viene?

Eul. Sí, sí: Roseta me ha hablado.

Menó fingiendo asustarse mucho.

¿Roseta?

Eul. No te asustes, mi querido Menó: déxate de disimulos ya conmigo. Yo lo sé todo.

Men. ¿Qué es lo que sabes?

Eul. La ficcion generosa de mi digno esposo.

Menó, realmente alterado en este momento.

¡Necia criatura!

Eul. No ha sido Roseta, querido mio, sino Conrado el que me lo ha descubierto todo. Este buen muchacho creyó comprometido su honor, y se negó á confirmar con su confesion la fábula singular

lar que te habia hecho imaginar tu generosidad. — Por lo demas, yo te agradezco mucho la nueva prueba de amor que acabas de darme; pero dexa al cielo el ejercicio de sus derechos. ¿Cuál seria en efecto la recompensa de la virtud, si las cosas fuesen de otro modo! Si por mi arrepentimiento sincero he merecido el perdón de algunas de mis faltas, tambien he recibido la recompensa; porque todo al rededor de mí respira felicidad: yo no tengo sino un solo enemigo, y ese le llevo en mi pecho. — Nada mas justo que el que Dios no conceda una felicidad pura sino á una conciencia sin mancha; y yo no tengo ciertamente derecho para murmurar de su providencia. Vive pues tranquilo, mi querido amigo. Yo soy tan feliz como pudiera llegar á ser; y quando mi marido y mis hijos confirmen un dia, en el trance de mi muerte, que desde el desgraciado momento en que me olvidé de mí misma, no he vuelto á faltar á mis deberes, el Juez misericordioso borrará quizá de los años de vida que estan señalados allá arriba, la hora fatal en que yo llegué á ser culpable. Hasta este caso, mi querido Menó, continuemos regocijándonos como antes; y quando observes alguna ligera nube sobre mi frente, vuelve los ojos, y haz como que no la

has advertido.

Menó, estrechándola tiernamente sobre su corazon.

¿Eulalia podria hacerme completamente feliz, y no quiere lo sea.

Eul. Lo quiere, y lo ha querido. Pudo hacerlo en otro tiempo. Ahora no puede ya.

Horst. Tú eres perfectamente mi querido Menó, y Eulalia bien. Esto lo ve, arrebatado por el placer, un amigo que os amo, y estoy decidido á no volverme á separar de vosotros. Voy á ir á ver semillas en mi patria Mayor, y á colgar mi Cruz en San Luis en la primera encrucijada de estas cercanías. Reciben pues en vuestra familia: que en ella me haga un viejo libatario. Quiero sembrar y trabajar con Menó, meditar con Eulalia, y jugar con vuestros hijos.

Menó, tomándole la mano, y diéndosela un poco.

Te tomo la palabra, mi querido Horst; pero te falta una cosa todavía; y esta es una buena ger: es preciso buscártela.

Horst, tocando la empuñadura de su espada.

Esta ha sido hasta ahora mi ger (Quítase la espada, y la pone sobre la mesa.): yo me separo de ella, y me arrojo en vuestros brazos.

Se abrazan los tres, y cae el

F I N.

CON LICENCIA.

Barcelona: Por JUAN FRANCISCO PIFERRER, Impresor de S. M.; y en su Librería, administrada por Juan Sellent.